

El debate en torno a la representación de acontecimientos límites del pasado reciente:
alcances del testimonio como fuente

María Inés Mudrovcic
Universidad Nacional del Comahue-Conicet

Introducción

En un célebre pasaje del *Fedro*, Platón pone en boca de Sócrates el mito del origen de la escritura. Cuenta la tradición que en Egipto hubo un dios, llamado Teuth que inventó los números, el cálculo, la geometría, la astronomía, así como los juegos del ajedrez y de los dados y, también, la escritura. Teuth se presentó al rey Thamus, que reinaba por entonces en el país, y le ofreció las artes que había creado y el rey le preguntó por la utilidad de cada una de ellas. Al llegar a la escritura, Teuth dijo al rey que “esta enseñanza ... hará a los egipcios más sabios y memoriosos, que con ella se inventó el remedio para la memoria y la sabiduría”. (1) A lo que el rey responde: “Padre de la escritura, le has atribuido por benevolencia lo contrario de lo que puede; porque la escritura producirá en las almas de los que la aprendieren el olvido precisamente, por descuidar la memoria ... Inventaste, pues, no el remedio para la memoria sino para la reminiscencia”. (2) Este mito reproduce, a mi entender, la tensión insita en la discusión contemporánea entre el testimonio de aquellos que vivieron acontecimientos límites y la representación histórica de los mismos. Dicha tensión, reformulada en los términos del mito, se produciría entre la *mneme* (memoria) de los hechos, de la que sólo puede dar cuenta el testimonio del que los vivió, y la mediación que la escritura interpone entre el hecho vivido y el hecho narrado.(3) Temerosos como Thamus, muchos teóricos contemporáneos ven en la escritura histórica un extrañamiento de la experiencia, de allí que para el caso de experiencias límites del pasado reciente, surja la demanda moral de que el recuerdo de los mismos “no debería ser distorsionado o

1 . Platon, 1945, 274e, p. 243

2 . ibidem, 275a

3 . Ricoeur reinterpreta este mito del origen de la escritura como mito del origen de la historiografía para articular la discusión en torno a la relación entre la memoria y la historia. Sin embargo, para el caso de los testimonios de los sobrevivientes de los campos de exterminio mantiene la brecha entre la singularidad de un fenómeno en el límite de la experiencia y el discurso histórico. Cfr. especialmente 2004 pp. 175-230.

banalizado por representaciones groseramente inadecuadas” (4) y la duda epistemológica acerca de la adecuación de las categorías estándar de la representación histórica para dar cuenta de los mismos.

El testimonio oral en la historia del presente o del pasado reciente

En un trabajo anterior (5), definí a la historia del pasado reciente o historia del presente como aquella historiografía que tiene por objeto acontecimientos o fenómenos sociales que constituyen recuerdos de al menos una de las tres generaciones que comparten un mismo presente histórico.

Las ventajas que creo que posee una caracterización de la historia del presente como la propuesta son las siguientes:

- a) delimita un lapso temporal más o menos acotado;
- b) replantea la relación S-O al definir a este último como recuerdo cuyo soporte biológico (6) es una generación contemporánea a la que puede o no pertenecer el historiador;
- c) discrimina con relación a la historia oral, i. e., no toda historia oral es historia del presente sino sólo aquella en que el objeto (es decir, el recuerdo) y el S (en este caso, el historiador) pertenecen al mismo presente histórico;
- d) delimita como presente histórico a aquel marco temporal de sentido determinado por la intersección de los espacios de experiencia de las generaciones que se solapan.

El recurso heurístico a las generaciones en la definición de historia del presente permite despojar al historiador de la asepsia epistémica del “observador analítico” –tal como lo ha caracterizado Habermas (7)- para reubicarlo en la inmediatez del tejido social histórico. En efecto, la existencia simultánea de diferentes generaciones que se relacionan constituye la realidad de ese presente histórico. En su tratamiento del concepto de generación como “conector” entre el tiempo vivido y el tiempo universal, Ricoeur (8) rescata de Dilthey la

4 .Friedlander, S., 1992, p. 3.

5 . Referencia del autor/a, 2005.

6 . Se alude a “biológico” y no a “material” para distinguir a la generación de cualquier otro tipo de soporte de recuerdos como serían, por ejemplo, los monumentos.

7 . Habermas, J., 1999, p. 209.

8 . Ricoeur, P., 1996, pp.791-802.

noción de “pertenencia a una misma generación” que añade al fenómeno biológico de la “misma edad” la dimensión cualitativa de haber sido, los individuos, expuestos a las mismas experiencias e influidos por los mismos acontecimientos. Por otro lado, podríamos agregar que, dado que siempre en todo presente histórico encontramos dos generaciones “activas”, es más apropiado hablar de solapamiento sucesivo de generaciones que de sucesión generacional para indicar la dinámica del recambio de los muertos por los vivos. Asimismo, Ricoeur incorpora de Mannheim la noción de “agrupación por localización” que inserta a la generación en coordenadas espacio-temporales concretas. En la mediación del solapamiento sucesivo de generaciones localizadas temporalmente y orientadas anónimamente a través de la simple contemporaneidad, se reconoce la articulación entre el tiempo privado del individuo y el tiempo público de la historia.

Me interesa señalar ahora las implicancias que posee definir el objeto histórico como recuerdo del que algunos de los miembros de las generaciones comprometidas puede dar testimonio. En primer lugar, si del fenómeno histórico estudiado se puede dar testimonio, el recuerdo así atestado se imbrica directamente en la trama social y se transforma en un factor de demandas éticas y políticas en la resignificación del pasado reciente (9). Por otro lado, dado que los testigos constituyen el soporte biológico de los recuerdos de los acontecimientos que se pretende dar cuenta históricamente, el lapso temporal retrospectivo de una historia del presente o del pasado reciente abarca, aproximadamente, entre 80 y 90 años.

Hace 60 años, el 27 de enero de 1945, Yakov Vincenko (que aún vive) fue el primer soldado soviético que traspasó los límites de Auschwitz, su relato de lo que allí encontró aún estremece. El joven soldado no sabía en aquel momento que allí también murieron 150000 soldados soviéticos que habían sido prisioneros, en los combates de 1941, cuando

9 . De ello no se sigue que todas las demandas ético-políticas, pedidos públicos de perdón, otorgamiento de compensaciones, etc., que se efectúan en un presente histórico se deriven únicamente de su pasado reciente. Las demandas de justicia y reparación en el caso de la esclavitud en Estados Unidos o el pedido de perdón del Papa Juan Pablo II por las faltas cometidas en el pasado por la Iglesia Católica contra numerosos grupos o comunidades constituyen ejemplos de acciones que, en el presente, aluden a pasados históricos muy lejanos como son las Cruzadas o la Inquisición, por ejemplo. Estos casos, a mi entender, muestran cómo se construye la identidad moral a través del pasado y, fundamentalmente, dejan al descubierto la inextricable relación que la historia, entendida como *res gestae*, posee con la justicia.

Alemania, sin declaración de guerra, invadió la URSS. Esto sí lo sabía el general Yakov Dimitri Volkogonov, historiador también de la Academia de Historia de Moscú, muerto recientemente y testigo de la reacción de Stalin cuando éste fue informado de que la aviación alemana había violado el espacio aéreo soviético. El caso Volkogonov nos permite afirmar que estamos transcurriendo el tiempo en el que los testimonios de los sobrevivientes del genocidio más documentado y estudiado del siglo XX se están transformando en fuentes sólo accesibles a partir de los archivos. La muerte del sobreviviente independiza al testimonio de su enunciador, perdiendo su condición de ser palabra de alguien que pueda responder por sus dichos ante cualquiera que se lo requiera. Lo dicho puede ser interpelado, ahora, por el historiador; de la misma forma que cualquier registro que del pasado haya quedado.

En lo que sigue, intentaré mostrar que, en el debate que se ha dado en los últimos años en torno a los alcances de la representación histórica para dar cuenta adecuadamente de acontecimientos que, como el Holocausto, el GULAG, las guerras de limpieza racial, el terrorismo de estado y, en general, los crímenes masivos del siglo XX exceden los límites de comprensión y experiencia humanas, se ha tendido a privilegiar la inmediatez de la experiencia vivida -que supuestamente transmitiría el testigo presencial del acontecimiento. Se ha oscurecido, entonces, la mirada retrospectiva, que implica distanciamiento con la experiencia vivida, ⁽¹⁰⁾ presupuesta no sólo en el testimonio sino también en la historiografía. En este sentido, dos son los puntos que quiero poner en cuestión. En primer lugar, la idea que está presente en la siguiente expresión de Ankersmit: “El lenguaje del testimonio va más allá de las limitaciones del lenguaje narrativo usado acostumbradamente por el historiador, en el cual una voz impersonal e intersubjetiva interpela a una audiencia similarmente impersonal e intersubjetiva”. ⁽¹¹⁾ En segundo lugar, la existencia misma de “testigos históricos” ⁽¹²⁾ que, según Ricoeur, son aquellos “cuya experiencia extraordinaria

¹⁰ . La distanciamiento a la que se alude en este contexto es la que media entre el presente de la atestación y el pasado de la experiencia del hecho atestado y que constituye el núcleo mismo del concepto de testimonio (Cfr. más adelante cita de Agamben). Esta mirada retrospectiva que el testigo realiza sobre el pasado vivido ha mostrado su valor heurístico principalmente en la historia oral.

¹¹ . Ankersmit, F., 2001, p. 161.

¹² . Cfr. Dulong, R., 1998, p. 219

echa en falta la capacidad de comprensión media, ordinaria” (13) y que, en el momento de testificar el trauma vivido, el pasado se hace de nuevo presente en el sentido más literal. Parafraseando al psicoanalista Laub, la realidad histórica tomaría, entonces, la forma de testimonio, es decir, de palabras. (14) En definitiva, el objetivo del presente trabajo es mostrar que, aún reconociendo lo “extraordinario” de estos testimonios al límite y su dificultad de comprensión, no ofrecen ningún acceso directo al pasado histórico y que su tratamiento como fuentes orales conlleva la posibilidad de contribuir al conocimiento de estos acontecimientos extremos

El testimonio como evidencia. El ejemplo de la historia oral.

Tal como señala Arendt, tanto la palabra griega *istoría* como *eidēnai*, que significa “saber”, derivan de la raíz *íd*, “ver” y originalmente *istor* significó “testigo ocular”. De allí que *historien* tenga el doble sentido de “dar testimonio” e “investigar”. Herodoto que estableció el uso de la palabra historia para el estudio del pasado empleó el término en su sentido dual tanto de testimonio como de investigación. (15) El testimonio implicaba afirmaciones verdaderas acerca de los hechos que se habían contemplado y se erigía en garantía de “lo que ocurrió”, ayudando a distinguir a la historia del mito. A fines del siglo XVII, cuando la distinción entre “evidencia primaria” y “evidencia secundaria” quedó firmemente establecida por los anticuarios, (16) el testimonio -al ser redefinido como “evidencia primaria” u “original”- pierde su condición de garante de lo real pasado. En efecto, los dichos de un testigo se transforman en “evidencia original” del pasado cuando el historiador puede establecer la veracidad de lo afirmado a través de los métodos de su disciplina. El testimonio, por sí sólo, no es garantía de lo que ocurrió sino que es el historiador el que le otorga dicho estatuto, al transformarlo en prueba o evidencia del pasado. Esta depreciación del testimonio como prueba o evidencia histórica se encuentra en la célebre caracterización de “Tijeras-y-engrudo” que Collingwood diera a la historia que

13 . Ricoeur,R., 2004, p. 214.

14 . Felman, S. y Laub, D. (ed.), 1992, p. 62. Ankersmit, F., 2001, p. 164.

15 . Arendt, H., 1996, p. 296.

16 . Momigliano, A., 1950, pp. 285-315.

depende enteramente del “testimonio de autoridades”. Al respecto afirma: “Cuando el historiador acepta una respuesta pre-confeccionada a alguna pregunta por él planteada, respuesta que le da otra persona, esa otra persona se llama ‘autoridad’, y la afirmación hecha por tal autoridad y aceptada por el historiador se llama ‘testimonio’”. (17) Si el historiador trata al testimonio de verdad histórica, “pierde visiblemente el nombre de historiador”. El testimonio no proporciona conocimiento histórico sino sólo cuando puede vindicarse como prueba, en cuyo caso, dice Collingwood, deja de ser testimonio. (18) Este desplazamiento de la noción de testimonio por la de evidencia o prueba recorre toda la teoría de la historia del siglo XX, muestra de ello lo constituye la publicación del Dictionary of Concepts in History aparecido en 1986, (19) en donde no hay ninguna entrada para el concepto “testimonio” sino que éste es tratado en el apartado “evidencia”.

Un interesante desarrollo del testimonio como evidencia se encuentra en la historia oral. La historia oral es el registro y análisis de los testimonios orales acerca del pasado. Se refiere tanto al proceso de investigación en el que el acto de recordar es provocado por un entrevistador como a los géneros de escritura basados en la interpretación de estos testimonios orales. (20) Si bien la historia oral se desarrolló luego de la Segunda Guerra Mundial, no fue sino entre 1960 y 1970 donde recibió su mayor impulso a partir de la creciente influencia de la nueva historia social o "historia desde abajo". La historia oral se transformó, entonces, en el principal medio para el registro de las experiencias vividas por los sectores marginales de los que sólo se contaba con narraciones producidas por las élites. Podemos distinguir dos tipos de historia oral, la que denomino “reconstructiva” y la “interpretativa”.(21) La historia oral reconstructiva es aquella que busca extraer conocimiento de lo que realmente ocurrió a partir de los testimonios orales. La función primaria del recuerdo es informar sobre el pasado. El testimonio oral constituye la prueba de las relaciones que el historiador hace de un curso de acontecimientos y abona la pretensión de la historia de fundarse sobre hechos. Esta forma de tratar el recuerdo fue prioritaria en los inicios de la historia oral en la que sus intereses confluyeron con el creciente avance de la denominada historia social. En este sentido, los testimonios orales

17 . Collingwood, R., 1981, p. 248.

18 . Una interesante discusión al respecto se encuentra en Bloch, M., 1996.

19 . Ritter, H., 1986, p. 143

20 . Cfr. Roper, M., p. 345.

21 . Mudrovic, M. I., 1999, pp. 324.9.

contribuyeron al conocimiento de campos tan diversos como la historia del trabajo, historias regionales o historias de mujeres en las que el objetivo fundamental se dirigió a recabar información allí donde ésta era incompleta o estaba ausente. Desde otra perspectiva, el contenido factual del recuerdo es prioritario cuando lo que se trata de reconstruir son episodios de la historia reciente cuya completa evidencia documental depende de la liberación de archivos. Para mencionar un ejemplo, las entrevistas se constituyeron en la fuente de información primaria para reconstruir dos episodios de la historia británica reciente: la crisis del Canal de Suez de 1956 y la Guerra de Malvinas de 1982. Sin los testimonios orales se debería haber esperado hasta 1987 y 2013, respectivamente por la apertura oficial de los archivos.

A partir de la década del 80 del siglo pasado varios factores contribuyeron al desarrollo de nuevas formas de historia oral. La influencia de disciplinas tales como los estudios de la mujer, la nueva antropología y la sociología interpretativa pusieron en cuestión ciertos supuestos de la historia oral reconstructiva, en especial, en lo atinente al objetivo de buscar en el testimonio la prueba de los hechos ocurridos. Este desarrollo de la historia oral, que podemos denominar interpretativo, se dirige a comprender de qué modo, los sujetos sociales interpretan su mundo social a través de los testimonios orales. La inexactitud o distorsión de los recuerdos no es considerada negativamente sino como vía de acceso a las formas culturales y procesos por los que los individuos expresan el sentido de sí mismos en la historia. Este tipo de aproximación al testimonio tiende a considerarlo más como indicador de representaciones colectivas que a asegurar su consistencia factual aún cuando no niegue que el recuerdo contenga conocimiento acerca del pasado que sea objetivamente verdadero.

Luego de este recorrido, quiero señalar dos cuestiones que me parecen importantes destacar en el uso del testimonio oral como “prueba de” o “evidencia de”. En primer lugar, tanto en la antigua clasificación de los testimonios orales como “evidencias primarias”, como en el uso de los mismos en la historia oral tanto reconstructiva como interpretativa, el conocimiento que el historiador obtiene del testimonio es inferencial. El testimonio no proporciona, en ninguno de los casos mencionados anteriormente, conocimiento o acceso directo al pasado histórico. Sino que es a partir de su análisis y comparación con otros testimonios, que el historiador lo transforma en prueba que le permite inferir, ya sea hechos del pasado o modos de comprensión de los actores de una realidad social dada. Es en este

sentido de prueba o evidencia que adquiere el testimonio, lo que autoriza a comparar las actividades del historiador con las de un juez. (22)

“El proceso es, por así decirlo, el único caso de ‘experimento historiográfico’: en él las fuentes actúan *en vivo*, no sólo porque son asumidas directamente, sino también porque son confrontadas entre sí, sometidas a exámenes cruzados, y se les solicita que reproduzcan, como en un psicodrama, el acontecimiento que se juzga”. (23)

Tanto en el ámbito judicial como en el histórico el testigo, para decirlo con palabras de Ricoeur, es el que “atesta ante alguien la realidad de una escena a la que dice haber asistido, ... , pero, en el momento del testimonio, en posición de tercero respecto a todos los protagonistas”. (24) Cuando la verdad de lo comunicado se acredita por los procedimientos adecuados, el testimonio se constituye en prueba o evidencia, es decir, permite inferir que lo afirmado, ocurrió. (25) La definición de Ricoeur retoma la de Dulong que resumiría el uso cotidiano del acto de testimoniar: “Un relato autobiográficamente certificado de un acontecimiento pasado: se realice este acontecimiento en circunstancias informales o formales”. (26) Y, en segundo lugar, quisiera señalar, en principio, las dos miradas retrospectivas que son necesarias para que un testimonio sea tomado como tal y que están presentes en ambas definiciones propuestas anteriormente. Una de las perspectivas se encuentra en la estructura discursiva misma del testimonio puesto que éste constituye un relato y, por lo mismo, supone un enlace retrospectivo del presente de la atestación con el pasado de los hechos relatados. Por lo anterior, el testigo para tener la condición de tal, debe posicionarse retrospectivamente ante los hechos pasados que él mismo vivió o padeció. Es decir, el testigo -que como sujeto enuncia, en el presente, el relato- debe poder distinguirse del sujeto del relato (él mismo) que padeció los acontecimientos atestados. Es lo que Ricoeur denomina “posición de tercero frente a los protagonistas”. (27)

22 . Cfr. Ginzburg, C., 1993. Esta comparación ya la había efectuado Voltaire en relación al grado de certeza que podamos encontrar en la historia a partir de los testimonios. Al respecto, Voltaire señala que las verdades en la historia “sólo son probabilidades” y el historiador, al igual que el juez, “no podrá jactarse nunca de conocer la verdad”, Voltaire, 1967, p. 287.

23 . Ferrajoli, L., p. 32 citado por Ginzburg, C., p. 24.

24 . Ricoeur, P., 2004, p. 212

25 . En la misma dirección, Sarlo afirma: “Todo testimonio quiere ser creído y, sin embargo, no lleva en sí mismo las pruebas por las cuales puede comprobarse su veracidad, sino que ellas deben venir desde afuera” en Sarlo, B., 2005, p. 47.

26 . Ricoeur, P., 2004, p. 210

27 . Esta noción de testimonio como relato le permite a Jay poner en cuestión la distinción que efectúa White entre los hechos o eventos (nivel pre-narrativo o crónica) y la

Ahora bien, luego del tratamiento que el testimonio como prueba o evidencia ha tenido en la historiografía contemporánea y que hunde sus raíces en una larga tradición que se remonta al siglo XVII, ¿cómo podemos entender la siguiente afirmación de Elie Wiesel: “Si los Griegos inventaron la tragedia; los Romanos, la epístola y el Renacimiento, el soneto, nuestra generación inventó una nueva literatura, la del testimonio”, (28) dando por descontado que el género autobiográfico, como literatura testimonial, tiene ya varios siglos entre nosotros?. El problema es, a mi entender, que en la llamada “era del testimonio” (29) se ha producido un desplazamiento semántico, comprendiéndose ahora por testimonio, (30) no el medio para obtener un conocimiento inferencial de los hechos pasados, sino una forma de acceso directa al pasado mismo. En este giro que ha tomado la noción de testimonio podemos distinguir tres posiciones que intentan dar cuenta de la relación del testigo con el hecho del que pretende testimoniar: a) el testimonio es imposible puesto que no proviene de los “verdaderos” testigos, de los testigos “integrales” (Levi, Agamben); b) el testimonio es imposible puesto que el testigo está apresado en una memoria traumática que no puede ser narrada (Felman, Laub) y c) el testimonio es el lenguaje privilegiado puesto que es el tipo de discurso que se conecta directamente con la experiencia (Ankersmit).

Las tres concepciones suponen un enlace diferente entre el sujeto de la atestación y la experiencia vivida. En el primer caso no hay testimonio porque no hay experiencia del objeto. El testigo integral es el que ha muerto, “el musulmán”, “el hundido”, el único que ha experimentado la función última del campo. Los sobrevivientes, “los salvados”, son sólo “seudotestigos”. El que sobrevivió al campo de concentración, sobrevive para testificar pero no puede dar testimonio sobre el campo puesto que, por el sólo hecho de haber

presentación narrativa que, de los mismos, hace el historiador (nivel de imposición de la trama). Dado que para Jay los testimonios son relatos, el “hecho” o “evento” del que pretenden dar cuenta ya se encuentra entramado en la narración del testigo, por lo que “lo que los historiadores “moldean” en sus propios relatos se encuentra previamente entramado por los actores”. En este sentido “habría un proceso de negociación entre los dos órdenes narrativos, lo cual evitaría que la representación histórica se convierta en un relato arbitrario”, cfr. Riedlander, 1992, p. 104.

28 . Wiesel, E., 1977, p. 9 citado por Felman, S., “Education and Crisis, Or the Vicissitudes of Teaching”, 1992, p. 6.

29 . Felman, S. and Laub, S., 1992, p. 6

30 . Me refiero especialmente a aquellos testimonios de sobrevivientes de experiencias límites.

sobrevivido, no ha sido una víctima plena. ⁽³¹⁾ En el segundo caso, se niega calidad de testigo a la víctima puesto que la experiencia de lo vivido es categorizada como traumática y, por lo mismo, imposible de integrarla en un relato de la propia vida y de atestar lo acontecido. En el último caso, si bien se retoma la categoría de trauma de la posición anterior, se considera que el lenguaje del testimonio es el que mejor expresa la historicidad de la experiencia, siendo el lenguaje más apropiado para dar cuenta de la experiencia pre-verbal de lo real. En las dos últimas posiciones, la noción de trauma es considerada como la contraparte negativa de la “comprensión” o la “interpretación”. Paradójicamente, es en este sentido que el testimonio del sobreviviente adquiere su valor positivo en tanto que sería la “presencia” de una experiencia vivida sin mediación alguna. Esta última consideración provoca, a mi entender, la centralidad que posee el testimonio en las discusiones actuales en torno a la representación histórica.

El rol del testimonio en el debate acerca de la representación histórica

Gran parte de los debates de los últimos años ha girado en torno a los límites de la representación histórica de acontecimientos extremos del pasado reciente. Sin embargo, el tema de la representación histórica no es nuevo en el ámbito de la teoría y filosofía de la historia. Dentro de este contexto, quiero distinguir dos etapas en la discusión. La primera de ellas comprende el período abarcado desde la aparición de *Metahistoria* (1973) hasta principios de los años 1990 (el verano europeo de 1986, en el que comienza el *Historikerstreit* o debate de los historiadores ocurrido en Alemania.) La segunda etapa se extiende desde esa fecha a la actualidad.

Durante el primer período, el debate se centró sobre los alcances y límites de la narración como forma de representación del discurso histórico. En un muy conocido y citado párrafo, White considera a las narraciones históricas “ficciones verbales, cuyos contenidos son tanto inventados como encontrados y cuyas formas tienen más en común con sus contrapartes en literatura que con aquellas de las ciencias” ⁽³²⁾). La Segunda Guerra Mundial no alude a ninguna realidad pasada sino que es lo figurado en la narración que intenta describirlo o

³¹ . Cfr. Agamben, G., 2000, p. 34, Levi, P., 1989, pp. 72-73, Sarlo, B., 2005, p. 44. No se tratará en este trabajo la perspectiva del “pseudotestigo” puesto que ontológicamente ocluye la posibilidad de la experiencia del evento y, por lo mismo, una discusión epistemológica acerca de una integración de la misma en un relato.

³² White, H., 1973, p. 42

analizarlo. Es así que los historiadores “*constituyen* sus objetos como posibles objetos de representación narrativa por medio del lenguaje que usan para describirlo” (33). Este tipo de construccionismo radical es sostenido, con diferentes variantes, por estudiosos provenientes, en su mayoría, de la filosofía y de la crítica literaria (34). Sin embargo, los historiadores rechazaron casi unánimemente este tipo de posturas por considerar que, por un lado amenazaban el “principio de realidad” que anima a la historia como disciplina y, por otro, comprometían los límites estrictos de la ciencia histórica reduciéndola a un nuevo género literario (35). Su posición puede ser resumida en la siguiente queja que expresara, en 1991, Ginzburg contra algunos de sus colegas:

“Para muchos historiadores la noción de prueba está pasada de moda; así como la verdad, a la cual está ligada por un vínculo histórico (y por lo tanto no necesario) muy fuerte. Las razones de esta devaluación son muchas, y no todas de orden intelectual. Una de ellas es, ciertamente, la exagerada fortuna que ha alcanzado a ambos lados del Atlántico, en Francia y en Estados Unidos, el término ‘representación’. El uso que del mismo se hace acaba creando, en muchos casos, alrededor del historiador, un muro infranqueable”. (36)

Al año siguiente, el historiador Friedlander publica Probing the Limits of Representation. Nazism and the “Final Solution” (37), un libro que compila 19 trabajos, la mitad de los cuales están escritos por historiadores. Según el propio Friedlander anuncia en la Introducción a dicho volumen, el fin que ha guiado a las contribuciones no ha sido el de tratar con aspectos históricos específicos del Holocausto sino el supuesto compartido de que se “enfrentan con un evento de tal magnitud que demanda una reflexión general y una aproximación global sobre las dificultades que suscita su representación” puesto que están tratando con un “evento al límite”, que pone en jaque las categorías conceptuales

33 White, H., 1973, p. 57

34 Ankersmit, F., 1994; Gearhart, S., Kellner, H., Jenkins, K., Rigney, A., 1990; entre otros.

35 Cfr. Al respecto, Momigliano, A., 1981; Gossman, L. 1990, etc

36 . Ginzburg, C. ,1991, p.22

37 . Friedlander, S., 1992.

tradicionales por tratarse de “la forma más radical de genocidio encontrado en la historia”
(38)

La publicación de este libro constituye, a mi entender, el *turning point* en la discusión que, desde 1973 se venía llevando a cabo en relación al concepto de representación historiográfica. La cuestión es que, a diferencia de la etapa anterior, ya no son los críticos literarios o los filósofos los que señalan el aspecto figurativo de la trama argumental de la historia sino que, ahora, son los propios historiadores que ponen en duda la posibilidad de representar acontecimientos límites del pasado reciente a través de medios estándar de la disciplina histórica. ¿Por qué, recién en los años 1990, los historiadores –al menos aquellos implicados con el llamado “Holocausto”- ponen en cuestión su posibilidad de reconstrucción histórica?. Creo que la respuesta puede encontrarse en el llamado debate de los historiadores –*Historikerstreit*- ocurrido en Alemania a mediados de la década de los años 1980. En dicha ocasión, Habermas atacó el esquema interpretativo sobre el pasado alemán, apelando a argumentos políticos, de historiadores que, como Hillgruber, Stürmer y Nolte, respondían, en sus reconstrucciones historiográficas a “las reglas de la disciplina”. Si el debate tuvo alguna consecuencia, fue la de mostrar cómo algunas representaciones del pasado alemán estaban directamente conectadas con problemas de legitimación política y social del presente, considerados significativas por fuera de la discusión académica de los propios historiadores. A mi entender, en primer lugar, la consecuencia más importante de este debate fue la de “sensibilizar” a los historiadores acerca de las relaciones que inevitablemente introducen entre acontecimientos del pasado para dar “sentido” a sus reconstrucciones históricas. Pero, en segundo lugar, condujo a una depreciación de la historiografía como forma discursiva para dar cuenta del pasado, a partir de la toma de conciencia de que “un pluralismo de interpretaciones” podría distorsionar “lo que verdaderamente ocurrió”. Este apremio por evitar el inevitable “sentido” que los historiadores impondrían a sus reconstrucciones del pasado ha llevado, a muchos de ellos, a cuestionarse el alcance moral que acarrearía poner en palabras (texto) la dimensión del horror, trauma o tragedia vividas por los actores. Es así que en Probing the limits, encontramos argumentos tan contradictorios para una teoría de la historia como el de Ginzburg para el que con sólo un testigo podemos conocer “lo que ocurrió” y el de Jay que

³⁸ Friedlander, S., 1992, p.1

afirma que ninguna “negociación es posible” entre la narración del que fue testigo del acontecimiento y el historiador que lo reconstruye. De allí, al “fetichismo” del testimonio del actor como “único acceso” a lo real pasado, hay un solo paso.

Dentro de este contexto, se pueden distinguir dos aproximaciones en la controversia –de la que participan no sólo filósofos o historiadores- acerca de la posibilidad de comprensión y representación histórica de acontecimientos límites del pasado reciente. De un lado, se encuentran aquellos que sostienen que dichos eventos son cognoscibles y que, por lo mismo, pueden ser capturados a través de técnicas ya establecidas de representación y de análisis de la disciplina histórica (Arendt/Browning/Goldhagen/Bauman/Todorov). De otro lado, están los que afirman que estos acontecimientos no pueden ser conocidos o, si lo son, es bajo regímenes radicalmente nuevos de conocimiento y representación (Wiesel/Steiner/Lanzman/Lyotard/Cohen). En general, se sostiene que si comprendemos el pasado dando sentido a los datos a través del discurso histórico, ningún modelo discursivo podría dar cuenta de una forma cognitiva y moralmente responsable del horror de los crímenes cometidos y de la unicidad del evento. Una posición extrema, dentro de este contexto, la sostienen autores como Wiesel o Steiner, por ejemplo, para los que el silencio es el único recurso moral ante lo que consideran indecible. Otros, como White proponen recursos retóricos como la “media voz” latina ⁽³⁹⁾ o, como LaCapra, ⁽⁴⁰⁾ recurren a exportaciones conceptuales del psicoanálisis.

Por otro lado, hay quienes, siguiendo este mismo argumento, privilegian el testimonio de los sobrevivientes de dichos acontecimientos como una forma de acceso privilegiada a la experiencia vivida, lo que permitiría trascender los límites de la historiografía convencional (Felman/Laub/Ankersmit/LaCapra). Dentro de este contexto, el testimonio del sobreviviente adquiere relevancia no sólo por su dimensión cognitiva sino también por su alcance moral. En palabras de Friedlander:

“Si uno añade el hecho de que los perpetradores invirtieron un esfuerzo considerable no sólo en camuflar sino en borrar todas las huellas de sus atrocidades, la obligación de guardar testimonio y registro de este pasado resulta aún más apremiante. Como postulado implica, casi naturalmente, la noción imprecisa pero no menos evidente,

³⁹ . White, H., 1992, pp. 37-53

⁴⁰ . LaCapra, D., 2001

que este registro no debe ser distorsionado o banalizado por representaciones groseramente inadecuadas”. (41)

Sacado de contexto, dicho “postulado” resulta trivial, puesto que es condición de posibilidad de todo aquel que, ya sea juez o historiador, pretenda reconstruir algún hecho ocurrido en el pasado: atender a los testimonios, en tanto registros orales o documentales. En este sentido, el testimonio, transformado en evidencia o prueba de lo que ocurrió, se constituye en el límite interno que impide que cualquier reconstrucción del hecho sea posible (42). Sin embargo, dicho “postulado” formulado en el marco de la discusión de los años 1990 acerca de los límites de la representación histórica, introduce una brecha entre lo que se entiende como registro factual del acontecimiento y la “representación” o “interpretación” que del mismo realiza el historiador (43). El presupuesto es que el discurso historiográfico introduciría un elemento “interpretativo” que “distorsionaría” la “verdad” del relato del testigo, es decir, de quien ha experimentado y observado los hechos. Nos encontramos, en este punto, con una inversión del rol que tradicionalmente desempeñaba el testimonio en la reconstrucción historiográfica. Sin embargo, en nuestra llamada “era del testimonio”, éste deja de ser la evidencia o prueba a la que se apela en demanda de la plausibilidad del relato, para transformarse en el único acceso a la “verdad” del hecho. En palabras de Felman:

“El testimonio será así entendido,..., no como un modo de proposición acerca de (statement of) sino mas bien como un acceso a (access to), esa verdad. En literatura, tanto como en psicoanálisis y concebiblemente en historia también, el testigo (witness) debe ser, , no sólo quien (de hecho) presenció –participó (witnesses), sino también el que engendra (begets) la verdad a través del acto de testimoniar”. (44)

Así comprendido, el testimonio de acontecimientos límites ocluiría la posibilidad misma de su reconstrucción historiográfica puesto que se corre el riesgo de que al integrarlo en un

41. Friedlander, S., 1992, p.3

42 . “El oficio tanto de unos como de otros se basa en la posibilidad de probar, según determinadas reglas, que x ha hecho y : donde x puede designar tanto al protagonista, aunque sea anónimo, de un acontecimiento histórico, como el sujeto de un procedimiento penal; e y , una acción cualquiera” Ginzburg, C., 1993, p. 23

43 . Friedlander, S., 1992, p. 4.

44 . Cfr. Felman, S. y Laub, D., 1992, p. 16. La traducción es nuestra.

relato más amplio se distorsione su verdad. Como “contenido” de una representación histórica puede ser obliterado, puesto que según Ankersmit “lo que es destruido por el lenguaje y el texto, lo que es “domesticado” y “apropiado”..., es la experiencia pre-verbal que poseemos de la realidad”. (45) Dado que el discurso histórico introduciría, entonces, una inevitable mediación entre los que no vivieron el acontecimiento y los que lo experimentaron, el testimonio sería el único lenguaje en que estos acontecimientos límites deberían ser representados. Y esto es así porque, el “testimonio nos da una representación de las experiencias más significativas y profundas de una persona”. (46)

Tal como se señaló anteriormente, en la tradición occidental la palabra testigo (witness) estuvo fuertemente asociada con “ver” o “presenciar” el acontecimiento (eye-witness). A partir de la publicación del libro de Hilbert, (47) en los estudios sobre el Holocausto es común dividir a los sobrevivientes en tres categorías: las víctimas, los perpetradores y los “bystanders”. (48) Del vocablo “bystander” no tenemos una traducción precisa al español, pero de acuerdo a la entrada en el The American Heritage Dictionary “bystander” es aquel que “está presente en un evento sin participar en él”, por ej., el testigo de un accidente automovilístico (49). En este sentido, la acepción se acercaría a la de testigo ocular (eye-witness), es decir, al testigo como espectador. Sin embargo, en las tres categorías mencionadas para el caso del Holocausto (víctimas, perpetradores y bystanders), los testigos conservan su dimensión forense, es decir, dar testimonio de lo ocurrido en una corte pero, utilizadas en el ámbito historiográfico, adquieren un alcance moral que las aleja

45 . Ankersmit, F. 2001, p. 162

46 . Ibidem, p. 163.

47 . Según Hilbert: “Durante el transcurso de la embestida en contra de la Europa Judía, algunas personas de la población no judía ayudaron a sus vecinos judíos, muchas otras hicieron algo o obtuvieron algo a expensas de los judíos e infinidad de otras observaron lo que estaba ocurriendo, Hilbert, R., 1993, p. 212.

48 . Panayi, P., 2003, Felman, S., 1992, Browning, Ch., 1992, entre otros.

49 . The American Heritage Dictionary, 1985. Siguiendo este significado, Portelli, en relación a su trabajo sobre las Fosas Ardeatinas los denomina “personas no directamente comprometidas” y que le “ayudaron a comprender el significado y el impacto de este hecho más allá del círculo restringido de quien fue afectado personalmente”. Cfr. Portelli., 2003, p. 28.

de su valor analítico. ⁽⁵⁰⁾ El ejemplo más palpable es del sobreviviente, calificado como “bystander” que pierde su condición de simple testigo ocular puesto que su presencia en un acontecimiento límite, lo convierte de espectador en actor, en tanto partícipe-cómplice y, por lo mismo, en un agente moralmente responsable. ⁽⁵¹⁾

La historiografía del Holocausto estuvo, en sus inicios dominada por la perspectiva de los perpetradores: nazis con mentes criminales infectadas por el racismo y el antisemitismo. Sólo a partir de los años 1960, las representaciones históricas desde esta perspectiva complejizaron su estructura explicativa, distinguiéndose entre “funcionalistas” e “intencionalistas”. ⁽⁵²⁾ A los fines de este trabajo, me interesa destacar la reconstrucción que el historiador Browning hace de las actividades del Batallón 101 de Reserva de la Policía de las que no han quedado sobrevivientes. Su reconstrucción se basa en los testimonios de 125 integrantes del Batallón (perpetradores), recogidos durante cinco años que le permitieron establecer el relato de lo que ocurrió el 13 de julio de 1942 en Josefów, jornada en la que 450 miembros del Batallón asesinaran a 1500 judíos en aproximadamente 29 horas. La historia de estos perpetradores fue escrita. Frente a la queja de Bettelheim en una reseña del libro Los doctores nazis de Lifton: “Me restringí a tratar de entender la psicología de los prisioneros y evité entender la psicología de las SS –debido al peligro

⁵⁰ . La clasificación de testigos en perpetradores, víctimas y bystanders (cómplices) se efectúa desde una perspectiva moral que sirve a los fines del “lugar” que el testigo ocupa en la realización de un juicio. Si el establecimiento de la prueba de “lo que realmente ocurrió” acerca la tarea del juez y del historiador, el conocimiento que se obtiene de ello posee diferentes fines. El historiador intenta conocer para comprender o explicar lo que sucedió. El juez reconstruye los hechos para actuar sobre ellos pues el “hacer justicia es, como el verbo lo indica, la restitución al pasado de su verdad moral, es hacer posible la superación del pasado, desprenderse de los hechos del pasado para hacerles un lugar en la historia. Es preciso actualizar los hechos (en el juicio) para permitir su tránsito al pasado, tanto en su materialidad como en su significación moral”, Garapon, A., 2002, p. 98

⁵¹ . Al respecto, es abundante la literatura de cómo las personas “ordinarias” conocían y aprobaban la exterminación de los judíos y las políticas del Tercer Reich: I. Kerhaw, 1983, Bankier, D., 1992, Gallately, R., 2001, etc. El caso más extremo, a mi entender, es el libro de Goldhagen, D. 1996. Si bien Reyes Mate (2003) clasifica a los sobrevivientes en víctimas, verdugos y espectadores, éstos últimos son tratados de cómplices, pp. 195-211. De acuerdo a Evans, R., (2002) esta actitud ha conducido a una judicialización (*judialization*) de la historiografía, pp. 326-345. Es decir, estamos asistiendo a la moralización del testimonio en detrimento de su valor epistemológico para la historia.

⁵² . Cfr. Finchelstein, F., Introducción, 1999.

siempre presente de que la completa comprensión puede estar muy cerca del perdón ... Creo que hay actos tan viles que nuestra tarea es rechazarlos y evitarlos, no tratar de comprenderlos empáticamente....” (53), Brownig responde: “Lo que no acepto son los viejos clichés acerca de que explicar es excusar, que entender es olvidar ... La noción de que uno debe simplemente rechazar los actos de los perpetradores y no tratar de entenderlos los haría imposibles, no sólo para mi historia sino para cualquier historia de perpetradores que intentara ir más allá de la caricatura” (54). Browning no consideró a ninguno de sus testimonios como un acceso directo al pasado.

Conclusiones

Ahora bien, ¿qué sucede para que los testimonios de las víctimas de experiencias “al límite” sean considerados como “acceso directo” a la verdad de los acontecimientos y sus portadores sean llamados “testigos históricos”? (55) La respuesta, como intento mostrar, la podemos encontrar en la línea interpretativa (ya sea psicoanalítica o neurobiológica) que califica a estos acontecimientos límites como “traumáticos”.

Tal como señalé en un trabajo anterior, (56) central para el estudio de la memoria tal como es entendida por el psicoanálisis es la distinción entre dos formas de traer el pasado al presente: la repetición y el recuerdo. La repetición consiste en un tipo de acción en la cual

53 . Friedlander, S., 1992, p. 35.

54 . La historia de Browning es un ejemplo de lo que he llamado historia oral reconstructiva. Un texto muy interesante en el sentido de explorar “la relación entre la materialidad de los hechos y la subjetividad de las personas” con el objetivo de interrogar cómo y por qué una versión errada de la historia se ha hecho sentido común (historia oral interpretativa) es el trabajo ya citado de Portelli. El libro se basa en aproximadamente 200 entrevistas personales. Lo que llama la atención es que Portelli estructura el texto en torno a transcripciones de los testimonios con mínimas intervenciones personales que permiten articularlos en un hilo narrativo. En el trabajo cabe destacar los sentidos contrapuestos del rol de los partisanos como perpetradores y como víctimas, y los testimonios de judíos italianos, sobrevivientes de los campos de concentración, acerca de sus familiares o amigos muertos en *vía Rasella*. El objetivo de Portelli es realizar un “montaje de fragmentos más o menos amplio” para que se pueden observar los sentidos contrapuestos de los sobrevivientes ya que “la historia oral no es solamente colección de fuentes sino también interpretación” (Portelli, 2003, p. 28)

55 . Ricoeur, P., 2004, p. 209.

56 . Mudrovcic, M. I., 2003, pp. 111-127.

el sujeto, apresado por fantasías y deseos inconscientes, ⁽⁵⁷⁾ los pone de relieve en el presente con una impresión de inmediatez que es resaltada por el rechazo o incapacidad del analizado de reconocer su origen y, por lo tanto, su carácter repetitivo. El recuerdo reprimido está activo en el presente: el paciente, dice Freud, no recuerda nada de lo olvidado, sino que lo actúa. ⁽⁵⁸⁾ La compulsión a la repetición ha reemplazado a la capacidad de recordar. El sujeto repite en vez de recordar y repite bajo condiciones de resistencia. Esta teoría, central para la técnica analítica aparece en un texto que Freud escribiera en 1914: “Recordar, repetir y elaborar”.

La noción de repetición se conserva, asimismo, en el diagnóstico del desorden del stress post-traumático que fuera codificado en 1980 en la tercera edición del Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders. Los sueños traumáticos, los *flashbacks* y otras experiencias intrusivas son considerados memorias literales del evento traumático. Para el médico Van der Kolk, figura indiscutida en el estudio científico del trauma, el evento traumático es codificado en el cerebro de una manera diferente al de la memoria ordinaria. La memoria traumática es literal en el sentido de que no está intregada en la conciencia sino disociada de la misma y, por lo tanto, es imposible recuperarla por el recuerdo ordinario. ⁽⁵⁹⁾ Por lo anterior, la memoria traumática en su repetición no está sujeta a los procesos usuales de integración. En consecuencia, desde esta perspectiva, la repetición es la reiteración literal y no la represión del evento traumático. Ambos modelos de repetición, la memoria literal y la memoria represiva han servido como conceptos claves para la interpretación de la historia del pasado reciente. LaCapra se sirve del modelo represivo mientras que Caruth se apoya en la interpretación de la memoria traumática como literal. En la memoria traumática, el sujeto es performativamente atrapado en la repetición de las escenas traumáticas, escenas en las que el sujeto revive el pasado en el presente y se bloquea cualquier distinción temporal. En síntesis, caemos en la paradoja de que las

⁵⁷ . En 1980 Freud sugiere que la repetición era causada por memorias reprimidas de un trauma sexual. En 1897 abandona la teoría de la seducción y reorienta su trabajo hacia el estudio de los efectos de la represión de las fantasías eróticas infantiles. Sin embargo, en “Más allá del principio del placer” (1920) Freud reconoció la existencia de una tendencia a la muerte que actuaría en oposición al principio del placer.

⁵⁸ . Freud, S., 1991, p 152

⁵⁹ . Van der Kolk, B., McFarlane, A. and Weisath, L., 1996, Van der Kolk, B., 1994.

víctimas de memorias traumatizadas no pueden ser testigos del trauma vivido -en el sentido de narrarlo y representarlo cognitivamente a otros y a sí mismos-: todo lo que pueden hacer es repetir la experiencia como si estuviese literalmente ocurriendo de nuevo. En palabras del psicoanalista Laub: “la sola circunstancia de haber estado dentro del evento ... hace impensable la noción de que un testigo pudiese existir ... Uno podría decir que no ha habido, históricamente hablando, testigo alguno del Holocausto”. (60) A nuestros fines, esta última observación resulta sumamente importante, pues lo que Laub le está negando a estos testigos es la posibilidad de ubicarse como terceros en relación a la experiencia vivida y poder dar cuenta de la misma. Para aquellos que no han podido superar el trauma infligido, la experiencia límite no puede ser considerada retrospectivamente a la manera de un recuerdo normal y, por lo mismo, no puede ser narrada, es decir, no pueden ser considerados como *testis*.

Tal como señala Agamben,

“hay dos palabras para referirse al testigo. La primera, *testis*, de la que deriva nuestro término ‘testigo’, significa etimológicamente aquel que se sitúa como tercero (*terstis*) La segunda, *superstes*, hace referencia al que ha vivido una determinada realidad, ha pasado hasta el final de un acontecimiento y está, pues, en condiciones de ofrecer testimonio sobre él”. (61)

Ninguno de los sentidos conservados en la etimología del concepto “testigo” permitiría calificar de “testimonio” a los dichos de los sobrevivientes con memorias traumáticas. La misma patología ocluiría la mirada retrospectiva que resulta del hecho de “haber pasado hasta el final” del acontecimiento, puesto que la memoria traumática queda atrapada en la reiteración o repetición de la experiencia. ¿Autoriza esto a denominarlos “testigos históricos”, en el sentido de que dada la magnitud del horror vivido, sus memorias literales constituirían el único acceso a la verdad? Creo que no, puesto que toda perspectiva

⁶⁰ . Laub, D., 1995, p.66. Cfr. Mudrovic, M.I. , 2003, p. 120. En el mismo sentido, F. Ankersmit que en el testimonio “el acto de habla y la experiencia se transforman en meros aspectos uno del otro y las barreras que los separan son literalmente obliteradas, en el acto de hablar acerca del evento traumático, el acto de testimoniar rompe el caparazón en que estaba encapsulado. Una realidad histórica toma la forma de testimonio, es decir, de palabras, y viceversa” Ankersmit, F., 2001, p. 164. El subrayado es nuestro.

⁶¹ . Agamben, G., 2000, p. 15. Cfr. Asimismo Ricoeur, P., 2004, p. 212.

histórica presupone una mediación con el pasado, por lo que ninguna realidad histórica toma la forma del testimonio.⁽⁶²⁾ Aún si dispusiésemos del Cronista Ideal de Danto ⁽⁶³⁾ o si se concretara la utopía de Tolstoy de reunir todos los testimonios de cada uno de los que estuvieron involucrados en un evento; no por ello alcanzaríamos su representación histórica. La suma de todos los testimonios posibles puede ser más completa, en cierto aspecto, que cualquier representación que el historiador haga del pasado, pero en un sentido más relevante, dicha representación no será histórica. Lo que llamamos historiografía, representación histórica o discurso histórico es resultado de la práctica del historiador que va más allá de dar cuenta de todos los puntos de vista posibles de los actores del acontecimiento, aún cuando esto último fuese posible. En la historiografía encontramos descripciones de acontecimientos inaccesibles a los que los vivieron y es, en este sentido, en que debe entenderse que hay una “interpretación” del historiador a nivel de la representación que no se encuentra en el registro del testigo. Pero esta “interpretación” no es una imposición formal del lenguaje del historiador que ocluye, deforma o ficcionaliza la “verdad” de los acontecimientos mismos, sino el resultado de relaciones temporales retrospectivas que permiten describir acontecimientos y, por lo mismo, integrarlos a una trama discursiva ajena o elementos estructurales distintos a los que los experimentaron.

¿Y, qué, entonces, de estos testimonios al límite, “extraordinarios” puesto que desbordan la capacidad de comprensión enraizada en un mundo común? ¿ En qué sentido se afirma que han provocado una “crisis del testimonio” ya sea en la literatura, en el psicoanálisis o en la historia?. ⁽⁶⁴⁾ Si la exterminación de los judíos de Europa es, según el mismo Friedlander reconoce, “accesible tanto a la representación y a la interpretación como cualquier otro evento histórico” ⁽⁶⁵⁾ y, si gracias a las investigaciones rigurosas “el problema de las circunstancias históricas (materiales, técnicas, burocráticas, jurídicas...) en que tuvo lugar el exterminio de los judíos ha sido suficientemente aclarado”, ⁽⁶⁶⁾ ¿en qué sentido debe entenderse que este tipo de testimonios imponen límites y a qué? Creo que la situación

62 . Ankersmit, F., 2001, p.164

63 . Danto, A., 1985, pp. 143-181.

64 . Cfr. Ricoeur, P., 2004, p. 229. Felman, S. y Laub, D., 1992.

65 . Friedlander, S., p. 2.

66 . Agamben, G., 2000, p. 7

queda mal planteada si lo indecible de lo que dan cuenta estos testimonios se lo reduce a cuestionar los modos estándares de representación historiográfica. Ello sólo justificaría la airada defensa de Ginzburg de la pretensión veritativa del conocimiento histórico, pero no cerraría la sospecha de que esos testimonios demandan algo más, un “algo más” que no puede ser respondido desde la perspectiva histórica. Y está muy bien que así sea, puesto que la función primaria de la historia es cognoscitiva pero la dimensión fundamental de estos testimonios es moral. Quiero defender fuertemente, en este punto, la idea de que el objetivo principal de la historia es el conocimiento del pasado humano, sin por ello comprometerme con la noción de “asepsia epistémica” habermasiana (sería ingenuo presuponer, y más en una historia del presente, que el historiador puede liberarse de compromisos éticos o políticos). Acuerdo, en este aspecto con la exhortación de Todorov en el sentido de que “hay que recordar que la existencia humana está impregnada de valores, y que, por consiguiente, querer expulsar de las ciencias humanas cualquier relación con los valores es una tarea inhumana”. (67) Lo anterior no significa sostener que este principio cognoscitivo que debe animar a la historia no tenga consecuencias éticas, políticas o jurídicas. (68)

Tal como señala Margalit, el adjetivo “moral” de estos testimonios sólo tiene que ver con el contenido de las afirmaciones, “pero no con el status epistemológico de *lo que* atestigua el testigo moral” (69). Un testigo moral no sólo debe ser testigo ocular del sufrimiento causado por un mal absoluto sino también experimentarlo, el “impulso moral es una propiedad esencial” de este tipo de testigos (70). De allí que la brecha entre el conocimiento histórico y la verdad del testigo moral no pueda ser nunca salvada (¿cómo juzgar el valor de verdad de los escritos de Levi, por ejemplo?). Pero no por limitaciones propias de la historia. Estos testimonios, en primer lugar, ponen de relieve la profunda diferencia entre

67 . Todorov, T., 1993, p.20

68 . La publicación, por ejemplo, a mediados de 2003, del libro Los polacos de T. Gross, sociólogo y figura líder entre los nuevos historiadores de Polonia abrió un debate público que tuvo como consecuencia política el pedido de perdón público que el presidente polaco A. Kwasniewski pidió por la masacre cometida en Jędrzejów en 1941.

69 . Margalit, A., 2002, p. 91

70 . Margalit, A., 2002., p.79

historia y justicia señalada anteriormente ⁽⁷¹⁾ y, en segundo lugar, cuestionan la comprensión ética y política que, del mundo humano, heredamos de la filosofía moderna occidental. La creación de la figura jurídica de “crimen contra la humanidad” transforma en obsoleta cualquier defensa del Progreso de la Historia apelando a una Razón y a una Justicia universales.

BIBLIOGRAFÍA

Agamben, G., (2000), Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo. HOMO SACER III, Pre-textos, Valencia, 2000.

Ankersmit, F., (1994), History and Tropology. The Rise and Fall of Metaphor, University of California Press, California.

Ankersmit, F. (2001), Historical Representation, Stanford University Press, Stanford.

Arendt, H., (1996), Entre el pasado y el futuro. Ocho ejercicios sobre reflexión política, Península, Barcelona.

Bankier, D., The Germans and the Final Solution: Public Opinion under Nazism, Oxford, 1992.

Bloch, M., (1996), Apología para la historia o el oficio del historiador, FCE, Buenos Aires.

Browning, Ch., “German Memory, Judicial Interrogation, and Historical Reconstruction: Writing Perpetrators History from Postwar Testimony” en Fridlander, S., (ed.), (1992), Probing the Limits of Representation. Nazism and the “Final Solution”, Harvard University Press, Cambridge.

Caruth, C., (1995), Trauma: Explorations in Trauma, Baltimore and London.

Collingwood, R., (1981) Idea de la Historia, FCE, México.

Danto, A., (1985), Narration and Knowledge, Columbia University Press.

Dulong, (1998), Le témoin oculaire. Les conditions sociales de l’atestation personnelle, EHSS, Paris.

Evans, R., (2002), “History, Memory and the Law: the Historian as an Expert Witness”, History and Theory 41, October.

⁷¹ . Cfr. nota al pie nº 50

Felman, S. and Laub, D., (ed.), (1992), Testimony. Crisis of witnessing in Literature, Psychoanalysis and Theory, Routledge, Great Britain.

Felman, S., “The Return of the Voice: Claude Lanzmann’s Shoa” en Felman, S. and Laub, D. (ed.), (1992), Testimony. Crisis of witnessing in Literature, Psychoanalysis and Theory, Routledge, Great Britain.

Ferrajoli, L., Diritto e ragione. Teoría del garantismo penale, Bari, 1989.

Finchelstein, F., (comp.), (1992) Los alemanes, el holocausto y la culpa colectiva. El debate Goldgahen, Eudeba, Buenos Aires.

Freud, S., (1991), “Recordar, repetir y elaborar”, Obras Completas, vol. II, Amorrortu, Buenos Aires.

Fridlander, S., (ed.), (1992), Probing the Limits of Representation. Nazism and the “Final Solution”, Harvard University Press, Cambridge.

Garapon, A., (2002), “La justicia y la inversión moral del tiempo” en Academia Universal de las Culturas, ¿Por qué recordar? Prefacio de Elie Wiesel, Granica, Barcelona.

Gearhart, S., (1984), The Open Boundary of History and Fiction. A critical Approach to the French Enlightenment, Princeton University Press, Princeton.

Gallately, R., (2001), Backing Hitler: Consent and Coercion in Nazi Germany, Oxford.

Goldhagen, D., (1996), Hitler’s Willing Executioners: Ordinary Germans and the Holocaust, London.

Gossman, L., (1990), Between History and Literature, Harvard University Press, Cambridge.

Guinzburg, C., (1993), El juez y el historiador. Acotaciones al margen del caso Sofri, Anaya, Madrid.

Habermas, J., (1999), “Goldhagen y el uso público de la historia: ¿Por qué el Premio Democracia para Daniel Goldhagen” en Finchelstein, F., (ed.), Los Alemanes, el Holocausto y la Culpa Colectiva, Eudeba, Buenos Aires.

Hilbert, R. (1993), Perpetrators, Victims, Bystanders: The Jewish Catastrophe 1933-1945, London.

Jenkins, K., (1991), Re-thinking History, Routledge, Great Britain.

Kellner, H., (1989), Language and Historical Representation. Getting the Story Crooked, The University of Wisconsin Press, London.

- Kerhaw, I., (1983), Popular Opinion and Political Dissent in the Third Reich: Bavaria 1933-1945, Oxford.
- LaCapra, D., (2001), Writing History , Writing Trauma, The Johns Hopkins University Press, Baltimore.
- Laub, D., (1995), “Truth and Testimony: The Process and the Struggle” en C. Caruth, *Trauma: Explorations in Trauma*, Baltimore and London.
- Levi, P., (1989), Los hundidos y los salvados, Muchnik, Barcelona.
- Margalit, A., (2002), Ética del recuerdo, Herder, España.
- Mate, R., (2003), Memoria de Auschwitz. Actualidad moral y política, Trotta, Madrid.
- Momigliano, A., (1981), “The Rhetoric of History and the History of the Rethoric: on H. White´s Tropes”, en Comparative Criticism 3.
- Momigliano, A., (1950), “Ancient History and Antiquarian” en Journal of the Warburg and Courtauld Institutes, 13.
- Mudrovcic, M.I., (1999), “El recuerdo como conocimiento”, Selección de trabajos de las IX Jornadas de Epistemología e Historia de la Ciencia, Vol. 5, Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba.
- Mudrovcic, M.I., (2003), “Alcances y límites de perspectivas psicoanalíticas en historia” en Dianoia, Vol. XLVIII, N° 50.
- Mudrovcic, M.I., (2005), Historia, narración y memoria. Los debates actuales en filosofía de la historia, Akal, Madrid.
- Panayi, P., (2003), “Victims, Perpetrators and Bystanders in a German Town: The Jews of Osnabrück Before, During and After the Third Reich” en European History Quaterly, Vol. 33, N°4.
- Platon, (1945), Obras completas. Hippias Mayor. Fedro. Versión directa, introducción y notas por el Dr. Juan David García Bacca, UNAM.
- Portelli, A., (2003), La orden ya fue ejecutada. Roma, las Fosas Ardeatinas , la memoria, FCE, Bs. As.
- Ritter, H., (1986), Dictionary of Concepts in History, Library of Congress, New York.
- Roper, M., (1996), “Oral History” en The Contemporary History Handbook, B. Brivati, J. Buxton and A. Seldon (ed), Manchester University Press, Manchester.

Ricoeur, P., (1996), Tiempo y Narración, traducción de Agustín Neira, Siglo XXI, México DF.

Ricoeur, P., (2000), La mémoire, l'histoire, l'oublié, Seuil, Paris. Traducción en español, (2004), La memoria, la historia, el olvido, FCE, Buenos Aires.

Rigney, A., (1990), The Rethoric of Historical Representation; Cambridge University Press, Cambridge.

Ritter, H., (1986), Dictionary of Concepts in History, Library of Congress, New York.

Roper, M., (1996), "Oral History" en The Contemporary History Handbook, B. Brivati, J. Buxton and A. Seldon (ed), Manchester University Press, Manchester.

Sarlo, B., (2005), Tiempo Pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión, Siglo XXI, Buenos Aires.

The American Heritage Dictionary, Houghton Mifflin Company, Boston, 1985.

Todorov, T., (1993), Las morales de la historia, Paidós, Buenos Aires

White, H., (1973), Metahistory. The Historical Imagination in Nineteen Century, Johns Hopkins University Press, Baltimore.

White, H., "Historical Emplotment and the Problem of Truth" en Fridlander, S., (ed.), (1992), Probing the Limits of Representation. Nazism and the "Final Solution", Harvard University Press, Cambridge.

Wiesel, E., (1977), "The Holocaust as a Literary Inspiration" en Dimensions of the Holocaust, Evanstone, Northwestern University Press.

Van der Kolk, B., McFarlane and L. Weisath, (1996), Traumatic Stress: The Effects of Overwhelming Experience on Mind, Body, and Society, Guilford Press, New York.

Van der Kolk, B., (1994), "The Body Keeps the Score: Memory and the evolving psychobiology of post traumatic stress", Harvard Review of Psychiatry, vol. 1, Nº 5.

Voltaire, François-Marie Arouet de, Dictionnaire philosophique, art. "vérité", ed. R. Naves, Paris, Garnier, 1967.